

*Luis Romero*  
*El cacique*



*El cacique* es una narración rica en peripecias y acontecimientos, que se desarrolla en forma sumamente ágil y llena de sorpresas por lo que a la aventura individual de los personajes se refiere. Por el contrario, en lo que respecta a su fondo social, pesa, desde el primer instante en que se plantea la situación, como un halo de tragedia que desembocará en la solución fatal y previsible que viene determinada por la condición acomodaticia y mezquina de las fuerzas vivas del pueblo que es escenario único de la novela.

Luis Romero se encara con los problemas que surgen en ese pueblo en el momento en que muere un cacique que lo ha tenido dominado largos años. La narración dura poco más de treinta horas y culmina cuando, terminada la ceremonia del entierro, los hombres pusilánimes y egoístas, esas fuerzas vivas a que hemos aludido, se acercan a rendir pleitesía al nuevo cacique, que también los oprimirá y explotará a cambio de ejercer sobre ellos una vaga tutela. A través de los personajes, dibujados con el crudo y certero trazo a que nos tiene acostumbrados Luis Romero, tenemos la impresión de asistir a la disección de un cuerpo, un cuerpo social que es como una alambrada que cerca y aprieta el destino individual de esos hombres y mujeres.

El relato, fuerte, vivo, está resuelto casi enteramente por medio de diálogos ensamblados en una gran riqueza de situaciones. El sarcasmo y el vigor es tal, que llega a parecernos caricaturesco a fuerza de ser realista; y ello no porque el autor utilice la ironía como instrumento, sino porque el foco implacable de Luis Romero se proyecta sobre el desafortado e injusto vivir de un pueblo donde otro hubiera creído ver una vida idílica o, todo lo más, un pintoresquismo tradicional.

## I

DESPUÉS DE LA ÚLTIMA CURVA comienza a divisarse el campanario. En seguida van apareciendo los tejados pardos, las casas, los corrales, el ejido con las eras, el pueblo entero.

Bajar la cuesta da gusto; la bicicleta se desliza sola, basta con prestar atención a los baches y sortear algunas piedras que nadie se preocupa de retirar de la calzada.

Lleva amarrada la saca en el soporte que hay tras el sillín, y en el zurrón van las medicinas que el doctor mandó a pedir a la ciudad y que acaba de entregarle el jefe de estación. Cuando se trata de algún rico, todos se desviven para que no falte nada. Bien le darán a él alguna propina por el trabajo, aunque pudiera suceder que, el uno por el otro, ni se lo paguen ni se lo agradezcan. En la Casa, con la alarma de la gravedad, nadie da pie con bola, y don Gabriel es distraído cuando le conviene. Don Gabriel pretextará que las medicinas son para el enfermo, y que a él como médico no le corresponde repartir propinas. Pero presentará su factura, y no será pequeña ciertamente.

Hoy el tren correo se ha retrasado solamente dos horas. Lo peor es cuando llega al mediodía porque la subida, a pleno sol, no hay quien la resista de un tirón; se echan los bofes. Y él advierte que la fatiga le va ganando cada vez más.

Dirige la vista hacia el Cabezo, que está en la llanada cerca del río. A juzgar por el tamaño y la posición de la sombra, todavía no deben de ser las once. Ha recorrido el trayecto en dos horas. Diez años atrás, cuando, después de la desgracia de la pobre Elvira, el señor le regaló la bicicle-

ta, tardaba hora y media desde la estación a la oficina de correos. Entonces tenía mayores bríos.

Al llegar a los últimos pinos, cumpliendo con una costumbre cotidiana, se detiene, apoya la bicicleta en un tronco que esta junto al camino, y se pone a orinar. Desde aquí se ve el llano, los campos, los caminos, el río, las huertas, la fábrica de electricidad, el puente junto al cementerio, las ruinas de la Clastra, y la carretera que se pierde de vista en dirección a Santa Marta. Las casas del pueblo, del color de la tierra, se arraciman alrededor de la iglesia, cuyo campanario, según dicen, es el más elevado de los contornos. Hacia las afueras, en la falda de los alcores, junto al camino de San Antón, se alza la Casa, rodeada de un frondoso bosque.

Soplan rafaguillas de Poniente; el polvo de la carretera se levanta y corre entre los pinos blanqueándoles las copas. Cuando alcanza la espesura del pinar, el viento se pierde, y la pinocha seca apaga su murmullo.

Mientras se abotona el pantalón empieza a tañer la campana mayor, la que llaman la Reina. Su limpio y melancólico sonido debe de oírse por lo menos en una legua a la redonda.

No monta en la bicicleta; avanza más allá de los pinos, hasta el borde mismo del talud. La Reina, oscura y panzuda, vibrante en lo alto de la torre de piedra doblando solemne y obstinada. Cuando el viento se encalma, el polvo se posa sobre los brezos, sobre las madroñeras, sobre el sillín de la bicicleta y la saca de la correspondencia.

En unos campos que hay antes del Cabezo, Celso y su hijo, que están arando, detienen las yuntas al oír que la campana toca a muerto. Celso se quita la gorra y se santigua.

La Casa queda muy lejos; en su amplia fachada nada anormal se advierte. Los balcones del piso principal permanecen cerrados igual que las demás ventanas.

Después de cubrirse, Celso ha reemprendido el trabajo tras la yunta; la Reina sigue doblando.

Cuando monta en la bicicleta se acuerda de las medicinas que le ha entregado el jefe de la estación de Pedernales. Ya no han de aprovecharle al enfermo, y probablemente nadie cuidará de darle a él la propina que bien se ha ganado.

De detrás del Cabezo surge el carro del Ceniciento, que va de vacío hacia el bosque. El Ceniciento camina a la zaga con la cabeza gacha y la tralla colgada del cuello.

Celso acaba de cambiar la reja al llegar al límite del campo que está arando, que pertenece a un labrador a quien llaman el Soldado. La campana continúa doblando y el viento se ha sosegado.

Echa pie a tierra; el día de hoy debe ser considerado extraordinario. Repartirá el correo con retraso, pero la saca no viene demasiado llena y nadie esta tarde se ocupará de las cartas.

—¿Qué, Celso, ya palmó ése?

—No hables con despego de los difuntos; la muerte es trago duro. Que Dios le haya absuelto.

—Allá Él, si perdona tan fácilmente.

—Marcelino, Dios no es como nosotros.

El hijo de Celso detiene las mulas, deja el arado y se acerca a ellos.

—Hablaron de que iban a traer un médico de la ciudad, pero cuando vienen mal dadas...

—El refrán lo dice mejor: «A mal de muerte, no hay médico que acierte».

—Esta mañana —comenta Marcelino el Peatón— serían cosa de las cinco cuando salí. En la plaza me crucé con don Gabriel, que corría apresurado hacia la Casa. Delante marchaba el Lebrél, que debió de ir a avisarle de urgencia. Don Gabriel ni siquiera me vio, y eso que pasó tan cerca, que por poco le atropello con la bicicleta.

—El carcamal ya estaría dando las boqueadas.

—Hijo, cuando un hombre muere, se le debe más respeto...

—A los hombres vivos, padre, hay que respetar; y él no lo hacía.

—Escucha, Celso, hay quienes ni muertos merecen demasiados miramientos.

—Pues a ti, Peatón, te regaló la bicicleta.

—Mejor no hablar de eso...

El Ceniciento, en cuatro trancos, ha adelantado al carro. Cuando está cerca le oyen canturrear. Entre los labios lleva una ramita de romero.

Al pasar junto a ellos les sonríe. Alarga el brazo en dirección al campanario, y haciéndoles un gesto burlesco, les grita:

—Parece que se respira mejor esta mañana.

El Ceniciento se aleja balanceando la cabeza sin esperar respuesta. Coge la tralla con la mano derecha y la hace resallar. La mula da un respingo y arranca al trote, pero un poco más arriba sigue marchando al paso.

—Tiene razón el Ceniciento.

—Un difunto siempre es un difunto, Marcelino. Dios le tomará cuenta de sus acciones; nosotros acá no sabemos nada.

Endereza la bicicleta, alza el pie del suelo y aprieta el pedal. La rueda trasera levanta un tenue polvo que un vientecillo flojo, que sopla a ras de los campos, va disolviendo. La Reina sigue tocando a muerto cuando el cartero llega a las primeras casas del pueblo.

## II

LAS MUJERES SE ASOMAN para mirarle. Lo hacen con disimulo y, cuando está cerca, desaparecen ocultándose en el interior de los zaguanes. El tío Vivo estaba a la puerta de la abacería; al llegar ante la tienda, el tío Vivo se había disipado. Sólo Simón, el ciego, con la palma de la mano tendida como si en su hueco recogiera sol, permanece apoyado en el muro de piedra del Ayuntamiento.

—Buenos días, don Gabriel.

Al recibir la moneda ha cerrado la mano, flaca y nudosa, y se la lleva al bolsillo de la astrosa zamarra.

Mientras se aleja hacia la calle de las Ánimas, oye la salmodia del pordiosero.

—¡Qué desgracia, don Gabriel! ¡Qué malaventura para todos los nacidos!

A pesar del sol, que brilla sobre los pulimentados cantos del pavimento, nota frío; más bien escalofríos. Lleva el sombrero echado sobre la nuca, y en la mano izquierda sostiene el maletín profesional de piel negra y rozada.

En una placa grande se lee en severas letras azules: «Gabriel Escorihuela. Médico-Cirujano». Cruza el zaguán y sube por la escalera de piedra, apoyándose en la barandilla de hierro con pasamanos de latón.

Adelaida le ha oído llegar, porque la puerta rechina cuando el tiempo está seco. Por el pasillo avanza a su encuentro; le quita suavemente el sombrero y lo cuelga de la percha. Sigue tras los pasos de su marido para cogerle también el maletín. Está desasosegada, nerviosa. A través de las ventanas, cerradas, se oye doblar la campana; los

cristales vibran, todo parece vibrar aquí dentro. Hace una hora que la Reina no para de tañer y el pueblo está sobrecogido.

Rechaza a Adelaida con un ademán y retiene el maletín. Empuja la puerta y entra en su despacho; la mujer le sigue.

—¡Estás rendido! Toma algo caliente, acuéstate en seguida y prueba a dormir. ¡Qué horribles días estás pasando!

—Y el profesor Barbudo no ha venido. Ojalá que no se presente en el tren de la tarde. ¡Sólo me faltaría eso! Menos mal que si no le mandan el coche, en la estación no encontrará quien le traiga.

—Si hubiese llegado ayer...

—Anteanoche mandamos un criado a telegrafiar. Yo mismo redacté el telegrama en forma apremiante. Estaba convencido de que no tenía remedio, pero la presencia de Barbudo me hubiera aliviado al descargarme de responsabilidad. Ya sabes cómo es aquí la gente. Y don Pablito... ¡Qué desagradable ha estado conmigo! ¡Como si yo tuviese la culpa!

—¿Quieres que te prepare café, o mejor una infusión de tila?

—No quiero nada.

Se ha dejado caer en la butaca y ha apoyado el mentón sobre la mano. Adelaida permanece en pie, frente a él, escuchándole.

—En cuanto se presentó la septicemia comprendí que era hombre acabado. ¡Figúrate, un diabético! Pero ni Barbudo ni nadie puede reprocharme error o negligencia. El diagnóstico es terminante: septicemia aguda. Soy perro viejo; de nadie he de recibir lecciones. Los síntomas eran claros y no resultaba aventurado suponer que había llegado el fin. Por eso mandé el telegrama a Barbudo, todos le consideran una eminencia, y yo estaba convencido de que tampoco iba a remediar nada. Los mecanismos defensivos no han respondido. ¡Que venga ahora Barbudo a discutir-

me! Me oirá; hasta me gustaría que ese pedante pretendiera darme lecciones.

Mientras habla se ha puesto en pie y se ha desabrochado la americana y el chaleco. Adelaida le escucha en silencio. Cuando el médico calla y se sienta abatido, ella le habla con tono reposado.

—Estás muy fatigado, Gabriel. Nadie discute ni discutirá contigo. El profesor Barbudo no debía de hallarse en la ciudad; ya no vendrá, y de venir no va a ponerse a examinar el cadáver ni a someterte a un examen. Por lo demás, ya sabes que te aprecia, y que en caso de que hubiera acudido a la consulta, habría cobrado un dineral a la familia; ése no es de los que se desplazan por diez duros. Y te lo debería a ti... Tú has hecho lo que has podido.

—Lo que he podido y lo que se debía hacer. Ni Barbudo ni nadie le hubiera salvado. Se le ha aplicado el suero antiestreptocócico de Marmoreck, dosis de quinina de cincuenta centigramos; he combatido la albuminuria con ventosas lumbares; cafeína y digitalina para estimular el corazón. Dime: ¿qué más hubiera recetado Barbudo? ¿Inyecciones de suero bicarbonatado? ¿Acaso no se las he puesto yo mismo?

—No te excites, descansa... Llevas tres días sin dormir.

—Y aparte, el ácido fénico, y acónito por añadidura, aunque sabía que era ineficaz y algo convencido de ello, pero lo receté para que nadie pueda objetar el menor descuido. Me gustaría que viniera Barbudo y me gustaría aún más que se atreviera a discutirme el tratamiento. A pesar de que haya sido mi profesor, no lo consentiría; no toleraré que aquí, en el pueblo, me carguen con la culpa.

Se despoja de la chaqueta y se queda en chaleco. Da unas vueltas por la habitación, se detiene ante la mesa, abre el maletín y contempla el interior con expresión de impotencia.

—¡Qué desgracia. Señor, qué desventura para todos! Pero que nadie me culpe a mí...

—¿Por qué habían de culparte, Gabriel? Al pueblo, y a sus hijos mejor aún, les consta lo mucho que le estimabas y cuánto le debíamos. Fue él quien te dio la plaza. ¿No ibas a poner tus cinco sentidos en salvarle? Y todo el mundo sabe, y Barbudo es el primero en reconocerlo públicamente, que eres uno de los médicos más competentes de la provincia.

—Desde el anochecer estaba en coma; a las seis de la madrugada ha dejado de respirar. He tomado algunas medidas porque el cadáver se descompondrá rápidamente. Prepárame una solución de sublimado; voy a lavarme las manos. Luego me acostaré: tienes razón, estoy fatigado.

—¿Cuándo es el entierro? ¿Has oído comentar algo en la Gasa?

—Mañana por la tarde. Vendrán las autoridades provinciales, los alcaldes de Peciña, Palomares, Santa Marta, Tobajuela... Vendrá mucha gente al entierro. Iremos todos; nadie se atreverá a quedarse en casa.

—¿Tú crees? Ahora que se ha muerto...

—Aquí está ya su hijo Pablo. Llegó ayer de Madrid. Es un majadero y un inepto, pero es su hijo, y eso cuenta.

—Todo el mundo dice que no se quedará a vivir en el pueblo, y si no se queda aquí...

—Todavía no se sabe lo que semejante inútil piensa hacer... Y escucha esto otro que te digo; hasta don Froilán vendrá al entierro.

—¡Valiente granuja! ¡El muy hipócrita!

—Calla, Adelaida; estamos en un momento delicado. No sabemos lo que aquí pueda ocurrir. Entretanto no conviene que hables mal de nadie. Es ocasión de mostrarse complaciente con todos y ver venir los acontecimientos.

El doctor Escorihuela se lava cuidadosamente las manos en una palangana puesta encima de un trípode de hierro esmaltado de blanco, colocado en un rincón junto a la vitrina del instrumental. Adelaida le tiende una toalla limpia.

Mientras se lavaba se le ha deslizado una de las mangas de la camisa; la mujer se la vuelve a remangar.

—¿Ha llegado ese desagradecido?

—¿A quién te refieres?

—A Marcelino el Peatón.

—No. ¿Tiene que traerle algo?

—Lo que traiga ya no servirá, pero recoges el paquete y lo dejas sobre la mesa. No me fío un pelo de Barbudo; es capaz de plantarse aquí en el tren de la tarde y desacreditarme para hacer méritos y así justificar la factura por una consulta inútil. He pedido a la ciudad algunos específicos nuevos que no tienen en la botica y un aparato de inyección de suero artificial. Lo llevaré todo a la Casa y destaparé los frascos como si le hubiesen administrado los medicamentos. Y el aparato también quedará allí. Toda la farmacia la he retirado al tocador que está junto a la alcoba, y he dado orden de que la conserven tal como la he dejado por si se le ocurriera presentarse a Barbudo.

Cuando termina de enjugarse las manos, se desabrocha el cuello postizo y se lo quita; está arrugado y sucio. Con la americana al brazo, abre la puerta vidriera y entra en la alcoba.

—Que no me despierten bajo ningún pretexto. A menos, claro, que me llamaran de la Casa; aunque no creo que allá me necesiten por ahora. Sea quien sea, no me despertéis; te lo advierto, Adelaida, porque tú eres demasiado complaciente con los de fuera.

—Descansa, Gabriel, descansa. Después te sentirás mejor. Yo, a media tarde, acudiré al velatorio; doña Florita me acompañará; acaba de mandarme recado.

## III

—A VER SI ACABA de una vez esta jodida campana. Estoy molida y no me deja pegar ojo.

La mujer ha sacado la cabeza de entre las mantas. Levanta airadamente el brazo izquierdo, y las pulseras de relumbrón tintinean.

—Algún difunto hay aquí. Mala puñalada le den. Ya podemos darnos el piro.

Han tendido una lona sujetándola por un extremo a la cubierta del carromato y sosteniéndola en el centro con una pértiga; el extremo opuesto está fijado al suelo por medio de estacas. Al reparo de la lona, tumbados sobre unos jergones, están la mujer de las pulseras, Maciste y la pequeña Perla. Aquilino, domador y flautista, con la Bella Emperadora y Colibrí, se alojan en el interior de la galera. Dos caballejos pastan por los alrededores, y algo más lejos, atada a un árbol con un cabo largo, la cabra *Angelina* come las hierbas del ribazo. Unos perros de aguas, con las melanas teñidas de colores chillones, descansan apelotonados en un montón.

Maciste cubre su corpachón con una camiseta rosa en la cual han cosido multitud de lentejuelas. Está sentado en el camastro, con las piernas cubiertas por la deshilachada manta, y fuma una tagarnina que acaba de encender.

—Tengo aquí en el costado un dolor que me tumba, y ahora esa maldita campana de todos los diablos...

La mujer se rasca la cabeza con ambas manos y el sonido de las pulseras es como un eco convulsivo y chillón del tañido de la campana.

—Pues no hace poco que le dan a la soga; debe de ser alguien principal el que espichó. Lo mejor es pirárselas cuanto antes.

—Convendría averiguar quién es el muerto.

—Los entierros, para el gato.

—Mujer, bien se nos dio en Cintruénigo...

—Aquella es otra tierra.

—Pero buena tajada le sacamos al difunto.

—Era hombre de iglesia aquél...

—Se juntó gente de toda la Ribera, y eso siempre anima.

—Hasta cinco duros se ganó la Perla, si es que dijo verdad y no nos escatimó alguno.

—Donde se reúne gente forastera, ya se sabe, por la noche, jolgorio.

La muchacha, que está acurrucada junto a la mujer, se asoma entre las mantas y se incorpora apoyándose sobre el codo.

—Vamos luego, los difuntos traen mala suerte...

—Menos el de Cintruénigo...

—Traen mala suerte; yo sé lo que me digo.

—¿Y la cera que recogimos no valía nada?

Maciste se pone en pie junto a la pértiga. Se estira concienzudamente, emite unos gruñidos, vacía el vientre de aires superfluos, y luego, bizcando, aspira el humo de la tagarnina, que se le estaba apagando.

—Tú, acércame los pantalones.

Antes de ponérselos se baja cuidadosamente las perneras de los calzoncillos que se le habían arremangado.

—Voy a mandar a Aquilino que se vista a lo dandi y que se llegue al pueblo. Según quién la haya diñado, se acabó la fiesta.

Al salir, le deslumbra la claridad del sol. Han acampado no lejos del puente, junto a la chopera, retirados de las huertas para no levantar sospechas.

A la orilla opuesta del río se ven las paredes blanqueadas del cementerio; sobre las tapias asoman algunos cipreses, unas cuantas cruces y la cúpula de cemento de un panteón. A la derecha del camposanto, pero más distante, hay una fábrica cuya cerca está defendida por cristales de botella que relucen al sol.

Da unas chupadas a la tagarnina y se vuelve en dirección contraria para mirar hacia el pueblo. Llegaron ayer después de anochecido; es la primera vez que recorren esta ruta. El pueblo no disfruta de mucha fama: ni en Santa Marta ni en Tobajuela les han dado buena razón de sus gentes.

La campana sigue doblando y en los campos apenas se ve nadie. El caserío, hacia la parte norte, está defendido por unos montes no muy elevados, parcialmente cubiertos de pinares. El río los atraviesa por una garganta angosta. En las orillas se descubren bien cuidados huertos y a lo lejos unos olivares verdean sobre las lomas que limitan el horizonte. Hay muchos sembrados, y bordeando los caminos y en algunos trechos, siguiendo las márgenes de la corriente, se alzan gallardos chopos. Donde comienza la ladera de los montes, destaca un edificio, de construcción sólida y aspecto importante, rodeado de espeso arbolado.

—¡Eh, Aquilino!

Sócrates y Carracuca, los dos monos sabios, están balanceándose en un minúsculo trapecio que cuelga del techo de la galera. Al salir, Aquilino, se golpea en la cabeza con uno de los extremos del trapecio, y los dos monos parece que se rieran.

—¿Qué hay, Maciste?

—Que te vistas y te llegues al pueblo. Hay que averiguar quién es el finado. Lávate y ve afeitado. Y fárdate bien.

—No habrá función; mejor que ahuequemos el ala.

—Tú calla. Si es hombre de mérito, haces correr la voz de que en señal de respeto suspendemos el espectáculo, y

cuídate de exagerar los perjuicios que nos causa.

—Mañana será el entierro; tampoco habrá función.

—Entérate de todo. En Cintruénigo no hubo espectáculo, pero buena tajada se nos quedó entre los colmillos.

La Bella Emperadora llega con un balde de ropa recién lavada apoyado en la cadera. Cuando se agacha para dejarlo en el suelo, Maciste le da una palmada en las nalgas.

—¡Estáte quieto, cochino!

Desde lo alto del carronato, Aquilino le grita indignado:

—¡Te tengo advertido que la dejes tranquila...!

—Callaros, tontos. ¿No veis que era una broma?

Maciste se aleja sonriendo. Unos metros más allá se detiene.

—¿Dónde se ha metido ese chalado de Colibrí?

—Marchó al pueblo. Dijo que compondría unas coplas en honor del difunto, a ver si le aflojaban algo.

—Que no emprenda nada sin que vayamos de acuerdo. Ya que no habrá espectáculo, algo tenemos que sacarle al muerto ese.

La Bella Emperadora, que ha tendido una cuerda desde la ventana del carronato a la rama de un chopo, va escuchando las prendas y colgándolas.

Maciste coge a los dos caballejos por el ronzal y se los lleva a abrevar a la orilla del río.